

EL LIBRO PROHIBIDO (Salmo 27)

En la pequeña villa austríaca de Rauberg, hace más o menos quinientos años, no había una sola familia que tuviera dinero suficiente para comprar libros de ninguna naturaleza, incluyendo la Biblia. El único que poseía una era el pastor Henschel, quien se sentía muy privilegiado de poder compartir su preciosa posesión con otros. Esta Biblia había sido un regalo de un noble erudito italiano, quien había enseñado al pastor, durante su niñez, a leer de sus páginas palabras prudentes, de consuelo e inspiración, las que llenaron su corazón de amor a Dios y a sus semejantes.

Muy a menudo se le escuchaba decir: "Mi querido amigo, con mucho gusto puedo prestarle este buen Libro, solamente le ruego que lo trate con cuidado para que nos dure mucho más tiempo". Nunca este Libro fue devuelto sucio o lleno de polvo. Manos cariñosas lo hojearon cuidadosamente, pues toda la gente de la villa conocía su gran valor.

Pero llegó el día fatal, cuando el rey proclamó un edicto a todo el pueblo de Rauberg, prohibiendo la lectura y posesión de la Biblia. Así el pastor Henschel tuvo que esconder su Biblia en un lugar secreto - debajo del piso de su mesa de estudio- y solamente era sacada de este lugar al amparo de las sombras nocturnales.

Una noche el pastor cerró las pesadas cortinas de su salita, reforzó la pesada puerta de roble con una cadena, sacó la Biblia de su lugar secreto y la puso sobre la mesa.

Todo permanecía en silencio mientras él quitó los pesados broches del Libro, lo abrió, lo hojeó y entonces acomodándose los anteojos, leyó: "Jehová es mi luz y mi salvación: ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida: ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se..."

Repentinamente se oyó un fuerte golpe en la puerta. El pastor Henschel puso sus dos manos sobre la Biblia como queriéndola proteger y dirigióse a la puerta.

-Abre la puerta, esposa mía, -dijo-, no vale la pena resistir; sólo los soldados del rey llaman en esa forma. Cuando la esposa quitó la cadena y abrió la puerta, penetró en el cuarto una compañía de hombres vistiendo los brillantes uniformes del rey.

-¡Así que Ud" pastor Henschel, está leyendo el Libro prohibido! Entréguenos ese Libro, evítese problemas y tal vez salve la cabeza.

-¡No, no les entregaré esta Biblia! Dígansele a su rey. y si quieren, llévenme prisionero, pero ¡no les daré este libro!

-¿Así que usted no le teme al rey? ¡Esto es muy peligroso, pastor!

-¡No! ¡no le temo al rey! Y les diré por qué. Escuchen, estas son las palabras que escribió el rey David.

Reinó gran silencio en el cuarto; los soldados permanecían inmóviles, mientras una mirada de incertidumbre se reflejaba en sus ojos. [Seguramente este pastor no se atreverá a retar al rey! ¿Qué poder había en ese Libro que hacía que los hombres' lo escondieran y lo apreciaran?

El capitán se puso rojo y dijo encolerizado:

-¿Por qué tengo que escucharle? ¡Estoy aquí para obedecer al rey!

-Pero hay uno mayor que su rey y, cuando haya terminado, pueden llevarme a donde deseen.

El capitán estaba pensativo y con el ceño fruncido. Hacía dos semanas que había dejado la corte del rey y había aprendido muchas cosas. Este libro, llamado la Biblia, parecía tener un extraño poder sobre los que lo leían. En dos semanas había encontrado solamente tres copias y cuando sus hombres se habían apoderado de ellas para quemarlas, la gente que las poseía había quedado sumida en la más profunda tristeza. ¿Qué clase de libro era éste? Había encontrado mucha más resistencia de la que esperaba, pues aquellos que poseían este Libro prohibido lo habían defendido tan desesperadamente que tuvo que mandarlos a la prisión. Este pastor no peleaba, pero tenía cierta arma para resistirse. ¿Qué era esto?

-Bien, ¡lea, pero que sea rápidamente!

El pastor Henschel se sujetó los anteojos más firmemente sobre la nariz y principió:

"Jehová es mi luz y mi salvación: ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida: ¿de quién he de atemorizarme? Cuando se allegaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron. Aunque se asiente campo contra mí, no temerá mi corazón..."

Cuando terminó, el capitán exclamó:

-¡Déjeme ver esas palabras! ¿Están allí o las ha inventado?

-No, no las he inventado. Dígame, capitán, ¿ha leído usted la Biblia alguna vez?

-No, los hombres del rey no tenemos tiempo para perder.

-Entonces siéntese aquí y lea un poco.

Enrique Yoder, el capitán de la compañía, empezó a leer y se interesó tanto en su lectura que se olvidó del rey, de su edicto y de los ocho soldados, quienes cansados de estar de pie, se apoyaban en un pie y luego en el otro, mientras empuñaban fuertemente sus espadas desvainadas. Los dedos se les entumecieron y multitud de invisibles agujas los punzaban.

Así el capitán leyó una buena porción del Libro prohibido mientras sus hombres se consumían de curiosidad por saber qué era lo que su capitán había encontrado allí.

Por último cerró el Libro y se puso de pie. -¿No se separará de este Libro?

-No, ¡no señor!

-Bien, no sé cómo responderé ante el rey sobre esto, pero iguarde su Libro, y que le sirva de bendición!

El capitán estaba pálido y su voz había perdido su firmeza mientras daba a sus hombres la orden de marcha.

Cuando el estrépito de los soldados' se perdía en la distancia, el pastor Henschel tocó el Libro reverentemente y dijo:

-Dios cuidará que ningún daño sobrevenga al capitán y a sus hombres, porque sin duda otra semilla ha sido sembrada. Pronto vendrá el día cuando la Biblia no será más un Libro prohibido, sino el Libro más amado y más leído en toda la redondez de la tierra.

y ese día ha llegado.